



Os Gaiteiros de Soutelo de Montes, a comienzos de 1920. De izquierda a derecha: Avelino, gaiteiro por excelencia; Victor Castor, actualmente en Venezuela; Bautista, y el padre, Fermín.

O GAITEIRO DE SOUTELO DE MONTES

A los lectores de «La saga/fuga de J. B.», de Gonzalo Torrente Ballester, no les resultará desconocido el nombre de Soutelo de Montes. Uno de los J. B. —José Bastida, en concreto— afirma en diversas ocasiones su venida al mundo en Soutelo de Montes, provincia de Pontevedra.

Tal pueblo existe en la realidad, en los límites ya de Pontevedra con Orense, y tiempo ha que un gran artista de la gaita lo dio a conocer por todo el mundo. El acta de entierro, firmada por el actual párroco, reconoce expresamente este carácter universal de quien hace cincuenta años fue proclamado «o millor gaiteiro de Galicia»: «el mejor gaiteiro de Galicia»: «En el cementerio parroquial de Santa María Magdalena, el día 14 de abril de 1972, se dio sepultura al cadáver de don Avelino Cachafeiro Bugallo, el que fue gran gaiteiro de este pueblo de Sotelo, gran conocido por el mundo entero por este su oficio, quien también

dio a conocer su pueblo natal».

El pueblo entero, y un reducidísimo grupo de admiradores dieron en ese día su último adiós al último artista grandioso de la gaita.

Terra de montes

José María Castroviejo, en su «Galicia», escribe escuetamente de Soutelo de Montes que es «patria de gaiteiros, canteros y contratistas» (1). La historia, sin embargo, es más abundante en datos, aunque sean pocos los estudios dedicados a una tierra que ha merecido con carácter exclusivo la denominación de Tierra de Montes Castros antiguos —el de Loureiro y el de Rodeiras— mámoas, petroglifos, calzadas romanas...; pero, sobre todo, los túmulos funerarios y castros existentes en tanta can-

tidad, sobre todo en los montes del Candán, Castrelo, Tomonde y Quireza, nos hablan de la existencia sobre el terreno de varios miles de habitantes en los momentos anteriores y en las épocas celtorromanas» (2).

Momentos privilegiados vivió esta tierra, que abarca prácticamente lo que hoy es, administrativamente, el municipio de Forcarey, más parte del de Cerdedo y algunos núcleos humanos ya en la provincia de Orense, como Beariz, Lebozán y Xirazga. La inexistencia de estudios históricos impide las respuestas a algunos antiguos interrogantes de esta tierra: ¿Qué Rey fue ajusticiado en la horca en aquellos contornos?, ¿fue la parroquia de Millerada un campo arado, o fue más bien un reino de amazonas, como hace sospechar su denominación más antigua, Mullerada?...

Pero las piedras no hablan para desvelarnos estos enigmas. Ni las del convento de Bernardos de Acibeiro, reducidas a «ruina de ruinas», a pesar de haber sido uno de los monasterios más pujantes de la Península desde su fundación, en 1135, hasta fines del siglo XVI. Ni los de la desaparecida «torre-fortaleza do Castro», donde se cobijó un Churruchao, asesino del arzobispo de Toledo, Suero Gómez, en la tarde del 29 de junio de 1366. Un bandido célebre, Pedro Madruga, ocuparía por la fuerza la misma torre cien años más tarde.

El hecho es que a finales del siglo XVI, siendo el juez-merino don Pedro de las Landeras, Soutelo, considerado el lugar más céntrico y mejor comunicado con toda la jurisdicción, se convierte en la cabeza de toda la Tierra de Montes, y por ello pasa a ser denominado Soutelo de Montes (3).

En tal localidad —que conservaba hasta tiempos recientes una

(1) Editorial Espasa Calpe, 1960. Página 390.

(2) A. Rodríguez Fraiz: «Torre-fortaleza do Castro y jueces merinos de la Tierra de Montes». Compostellanum, 1971 (dedicado al II Congreso Internacional de Estudios Jacobeos). Páginas 333-395.

(3) Ibid. Páginas 360-363.

O GAITEIRO DE SOUTELO DE MONTES

«plaza de la Constitución» (de 1812)— nacería, el 26 de mayo de 1899, Avelino Cachafeiro Bugallo. Era el quinto hijo del matrimonio de Fermín Cachafeiro Balado y Dolores Bugallo Paz.

Xan Cachafeiro, abuelo del recién nacido, era ya entonces el gaitero de la comarca. Su arte lo transmitió a Fermín, y éste vio cómo renacía en sus hijos. («Meu abóo é meu pai gaiteiríños, e meus hirmáns tamén» [«Mi abuelo y mi padre gaiteiríños, y mis hermanos también»]).

En el recuerdo de Isabel Cachafeiro, hermana de Avelino, están los primeros tiempos de curiosidad por la gaita del que sería para la leyenda «gaitero de Soutelo». El padre no quería dejar sus gaitas en manos de Avelino: cobraba seis pesetas por tocar en las bodas, y no estaba dispuesto a que se las estropearan. Pero cuando reconoció el mejor arte de su hijo Avelino, le regaló su gaita, y se dedicó desde entonces a tocar el bombo, cantar y bailar muíñeiras. Una de ellas fue celebrísima en el pueblo de Carballino, que cerró las puertas para ver bailar a Fermín con una tal Celia, «a quien no abrazaban dos hombres». Amenizaban entonces la fiesta los varones de la familia, que ya eran «os gaiteros de Soutelo de Montes»: Avelino, líder indiscutible con la gaita; Castor, que también tocaba la gaita; Bautista, tenor, tocaba la caja, y el padre, como he dicho, cantaba, bailaba y tocaba el bombo.

La proclamación en el concurso de Santiago (1924)

Avelino pasó a ser, a sus veinte años, gaitero de la Sociedad Artística de Pontevedra. Y desde allí, cuando ya la aureola popular empezaba a rodearlo, dio el salto definitivo a la leyenda. Fue en el año 1924. Galicia vivía momentos únicos de exaltación de su lengua y de su idiosincrasia. En las fiestas del Apóstol de aquel año, el general Primo de Rivera presentó la ofrenda nacional, y destituyó —o hizo dimitir, según la prensa de entonces— al alcalde de Santiago, señor Díaz Varela, que había retirado de su despacho los retratos de Montero Ríos y García Prieto. Lago González, poeta e intelectual gallego, era el arzobispo de Santiago, querido por toda Galicia. Nada de extraño tiene que en aquel ambiente se celebrara la Fiesta de la Lengua; Eladio Rodríguez González ganó el primer premio con su poema «Oración campesina», cuyo estribillo era «Todo o campo é unha oración». Los demás premios se repartieron entre Vicente Risco, Eugenio Carré, Angel del Castillo, Otero Pedrayo, García Barros y Filgueira Valverde.

Sólo faltaba un concurso de gaitas, que éstas merecían. («Viva a gaitiña gallega, que é a nai da nosa terra»). Y también éste se celebró. La prensa de entonces, ocupada en la visita de Primo de Rivera, no le dio demasiada importancia, y reducen las crónicas a los detalles mínimos. La «Alborada de Velga» y un «pasacalle o pasa corredoira» eran las piezas obligatorias para que el Tribunal dictaminara. De los nueve gaiteros inscritos, tres se retiraron, no sabemos si por temor al ya temido gaitero de Soutelo, o por otras razones. Y el Tribunal, quizá duro, porque dejó desiertos los dos pri-

meros premios del concurso siguiente de bailes regionales, concedió el primer premio de 150 pesetas a Avelino Cachafeiro; el segundo, a Celestino López, de Santiago, y el tercero, a Castor (Pastor refieren los periódicos «El Compostelano» y «El Eco de Santiago») Cachafeiro, que todavía no había cumplido los dieciocho años.

Pero lo que no recogió la prensa no pasó inadvertido a los jóvenes universitarios de entonces. La gaita tenía ya un maestro indiscutible, y había que proclamarlo a los cuatro vientos. Castelaio, figura consagrada en aquellos tiempos, que esmaltó la cara de Rosalía en el

fol de la gaita de Avelino, «o gaitero» ya, escribió a los pocos días en «Galicia», de Vigo, el siguiente artículo (que aquí transcribo en castellano, aunque el original gallego sea un modelo insuperable):

«Mientras allá abajo la gente se altera con los acontecimientos inventados por los hombres, aquí, en la montaña, las gentes siguen el ritmo de los acontecimientos naturales. Un día de lluvia hace hablar más que un cambio de régimen político.

En el concurso de gaitas de Santiago se presentaba el gaitero de Soutelo, y este extraordinario acontecimiento preocupó a la gente como si fuese un acontecimiento de la Naturaleza. Se hablaba mucho y se hacían pronósticos.

—Hoy es el día y el gaitero ya bajó ayer.

Un vendedor de las ferias dudó del triunfo, quizá porque en sus tiempos oyó a Ventosela... Y las gentes descorazonadas prepararon el espíritu para recibir la noticia de una injusticia.

—Los premios se dan por intereses y el gaitero no tiene quien le apoye.

El día se hizo muy largo y todos teníamos un concurso de gaitas en el pensamiento. ¡Qué regalo para los ojos si pudiésemos destapar las cabezas de toda aquella gente! porque conviene no olvidar que los más originales decorados se crían en la imaginación inocente del pueblo aldeano.

—¿Y si Avelino se corta? Mirad que tocar allí no es lo mismo que tocar en Soutelo.

Y al atardecer del siguiente día aparece Avelino con sus hermanos —todos vestidos al estilo enxebre— tocando una muíñeira que le levantaba el rabo incluso al perro de San Roque. El padre del gaitero tiró un cohete en la puerta de su casa.

Avelino ganará el primer premio.

—Bien lo decíamos: no hay quien pueda con el gaitero de Soutelo.

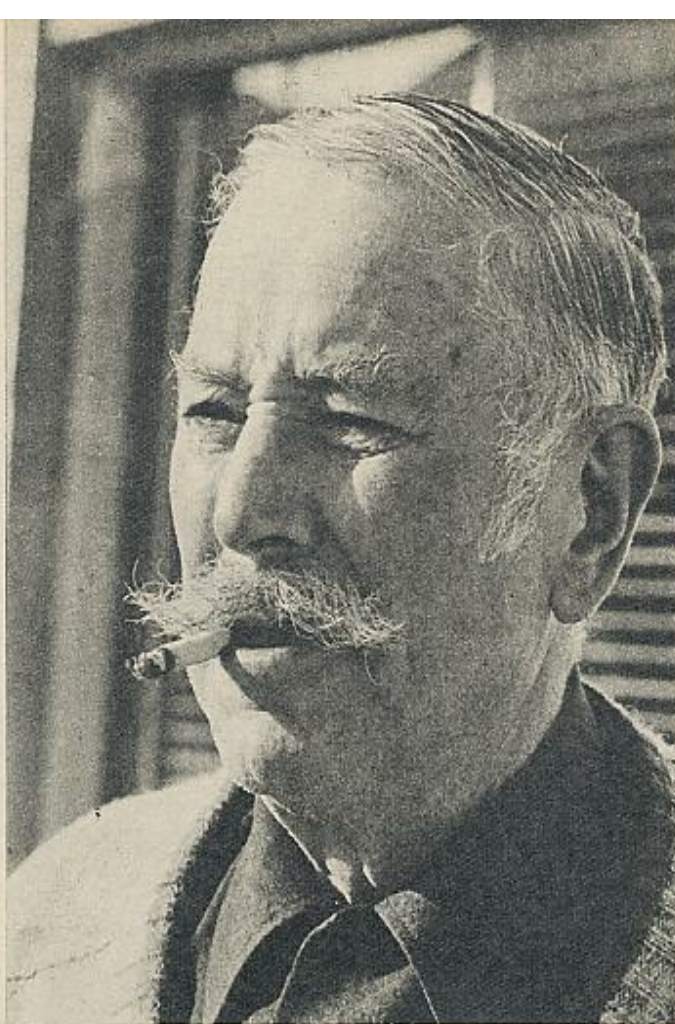
Aquella noche escuché desde la cama el canto de las jóvenes:

**Toca, gaiteiríño, toca,
meniñas, correi a velo,
qué moita gaita a gaitiña
do gaitero de Soutelo».**
(Toca, gaiteiríño, toca,
muchachas, corred a verlo,
que es mucha gaita a gaitiña
del gaitero de Soutelo.)

Y no sólo Castelaio. Los demás premiados en el Festival de la Lengua lo convirtieron en símbolo. Y entre otros, Manuel García Barros, que había ganado el sexto premio, le dedicó un poema que aparece en «Vida Gallega» del mismo año, cuatro meses después de ser proclamado el mejor gaitero de Galicia.

«O gaitero alentando a Galicia nun fol». Sólo Ventosela, Penalta y Soutelo forman parte de la leyenda de la gaita gallega.





Una de las últimas fotografías de Avelino Cachafeiro, «con sus bigotes y un asomo de nostalgia o tal vez de esperanza». El pitillo también fue asiduo acompañante; o liándolo entre los dedos o entre la boca.

Ya sólo faltaba llevar el sonido de la gaita «do gaiteiro de Soutelo» por todos los rincones de Galicia. Un Ford se encargó de hacerlo posible, y la grabación de seis discos en la Casa Regal de Orense permitió, aparte de la conservación de su arte, un salto necesario a otros rincones donde muchos gallegos querían escucharlos.

Una compostelana, Josefa Cortizo, se convirtió antes en su esposa. El padre, testigo y parte de los triunfos de su clan, muere en marzo de 1928. Y pocos meses después, el barco conduce a nuestros gaiteiros Avelino, Castor, Bautista y Antonio Charrone a la «quinta provincia gallega». En Buenos Aires, el teatro Avenida fue testigo durante más de un mes de los éxitos de los Gaiteiros de Soutelo de Montes y de la felicidad de los gallegos, que allí podían admirar la aureola merecida de los intérpretes de Galicia. Luego fueron Rosario, Córdoba y el vecino Uruguay. Y al fin, la triste despedida a una tierra madre que retornaba en el arte sin par de sus mejores cantores.

Los triunfos y las jiras siguieron todavía unos pocos años. Hasta que un día, en Barcelona, se enteraron de que España estaba en guerra. Nuevos relevos en el grupo, y otro miembro, Antonio Charrone, que encontró la muerte. El fusil y las balas tenían otro sentido y otro arte que el de la gaita.

En Madrid, nuestro gaiteiro se vio obligado a amenazar un día con gritar «Viva Cristo Rey», ya que no le daban de comer.

El fin de la guerra supuso también el fin del grupo. Castor, tercer premio en el concurso de 1924, emigró a Venezuela, y allí sigue transmitiendo el alma de Galicia a los pequeños emigrantes que se enrolan en las filas de los Gaiteiros de la Hermandad Gallega de Caracas. Avelino se pasó a otras artes. En 1934 había pintado un sugerente autorretrato, y ahora pinta un «cruceiro», un «San Antón de Cerdado», «A fiandela», un mosaico con el título de su libro de poemas «Voando cas áas da vida» —que todavía puede admirarse en el bar Changüi de Soutelo—; atiende a la gasolinera que había montado en 1929, trabaja también en su funeraria y compra una máquina de cine.

El poeta

Recorre Galicia no ya como gaiteiro, sino como poeta, que es la oportunidad de decir con palabras lo que antes había sugerido con la gaita.

Pierde a su mujer en 1956 y escribe un delicadísimo poema al hijo que no llegó a ver:

Meu filliño, subiches pro ceo sin darle un biquiño a tua nai; agora arrecaderas a nalcifia, na busca de ti aí che val... Apertaa e dalle o biquiño é colle a tua nai pola man. Cando me vexades chegar, aceneádeme coa man. Pedide o Noso Señor que eu vos poida atopar; aí no meo da groria, podervos os tres atopar.

(Hijito, subiste para el cielo sin darle un beso a tu madre; ahora llamas a la madrecita, que va ahí en tu búsqueda... Abrázale y dale el beso y coge a tu madre de la mano. Cuando me veáis llegar, hacéme una señal con la mano. Pedid a Nuestro Señor que yo os pueda encontrar; ahí en el medio de la gloria, poderos a los tres encontrar.) (4).

Sus cualidades como poeta son las mismas que como gaiteiro. Es, simplemente, un alma gallega que se deja comunicar por el paisaje. En sus viajes toma notas. Cual-

(4) El presente poema inédito, junto con otros más y una biografía completa del gaiteiro, serán próximamente publicados y comentados en un libro biográfico sobre el gaiteiro de Soutelo. He de agradecer desde aquí a la señora Isabel Cachafeiro y familia, de Soutelo de Montes, las facilidades que siempre me han dado para realizar esta obra.

quier papel le sirve, sean facturas, trozos de periódico...

Un accidente de coche en las cercanías del Paraño le obligó a un descanso difícil de varios meses en la ciudad que había aplaudido su proclamación de mejor gaiteiro de Galicia. Allí van naciendo otros muchos poemas, que serán publicados en 1969 con el título de «Voando cas aas da vida» («Volando con las alas de la vida»). Otero Pedrayo, que también había asistido a la gloriosa fecha de 1924, prologó el libro. En otro lugar (4) hablaré de sus poemas, inspirados, según el patriarca de las letras gallegas, por el genio de la tierra. Rosalía sería la autora que más similitud guarda con nuestro gaiteiro, y no en la forma, que el gaiteiro la tiene propia, sino en el fondo. Es todo un pueblo el que late tras las sencillas palabras de ambos.

El humor, en que también era maestro, le acompañó hasta el final. En sus frecuentes viajes a Madrid solía deleitarnos a un grupo de amigos, congregados en casa de su ahijado el doctor Senra, con sus anécdotas, chistes y cuentos durante varias horas seguidas. Algunas de las sesiones son, sin duda, inolvidables. En los últimos años fue preciso hacerle una operación seria; ni siquiera entonces dejó de sonreír, y hablaba de su adaptación a los tiempos modernos porque le habían introducido «un transistor en el estómago».

Mi último recuerdo se remonta a unos meses antes de su muerte, con sus típicos bigotes y un asomo no sé si de nostalgia o de esperanza mientras escuchaba en las fiestas de Acibeiro a un grupo de niños que, con sus gaitas, le rendían homenaje. Tal vez alguno de ellos pase a esa categoría única de gaiteros, en la que hasta ahora sólo figuran tres nombres de origen: el de Ventosela, el de Penalta y el de Soutelo Montes.

A esos gaiteríos, y a quienes la gaita nos dice algo especial, dedico Avelino Cachafeiro, gaiteiro de Soutelo de Montes, su Testamento:

**Meu abóo é meu pai gaiteríos
E meus hirmáns tamén.
Alentando a Galiza nun fol,
ó vento que vai e non ven...
Aledamos as festas do Apóstol
No regazo de Rosalía,
Cantaban os paxariños
o meu chorar de alegría.
Ali bauticéi a muíneira
A que lle puxen de Chantada;
Diante o altar de Rosalía
E carballos de Santa Susana.
Muñeiría, ti vas pra Chantada
E enfeitizas a pomba branquiña;
Cando te toco na gaita
Engaiolas a alma miña.
E sinto a enteira Galiza
no meu curazón cautiva,
Cando saibas que morrin,
gaitiña miña gaitiña,
desperta a miña alborada
que toco pra Rosalía...
que dorme no teu punteiro
cos meus dedos tapadiña.**

(Mi abuelo y mi padre gaiteríos y mis hermanos también. Alentando a Galicia en un fol, al viento que va y no viene... Alegamos las fiestas del Apóstol en el regazo de Rosalía [tal cantaban los pajaritos mi llorar de alegría. Allí bauticé la muñeira a la que denominé de Chantada; delante del altar de Rosalía y los carballos de Santa Susana (5).

Muñeiría, tú vas para Chantada y hechizas la paloma blanquita. Cuando te toco en la gaita enjaulas mi alma y siento a toda Galicia en mi corazón cautiva. Cuando sepas que he muerto, gaitiña miña gaitiña, despierta mi alborada que toco para Rosalía... que duerme en tu punteiro con mis dedos tapadiña.) (6)

■ JOSE M. RIVAS TROITINO. Fotos: MANOEL SENRA.

(5) Se refiere a una zona de la Alameda de Santiago de Compostela, donde Rosalía de Castro tiene un hermoso monumento erigido por el pueblo.

(6) El presente poema cierra el libro «Voando cas aas da vida».